

EL PROXIMO CONCILIO Y LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

Por Mons. José Dammert Bellido

La convocatoria a un Concilio ecuménico hecha por S. S. Juan XXIII ha suscitado una viva expectativa en todo el mundo acerca de su significado y de los alcances que pueda tener en la vida de la Iglesia.

Trataré brevemente I. de lo que es un concilio ecuménico, II. luego me referiré a la historia de algunos concilios más importantes, para pasar III. al movimiento que dentro de la Iglesia ha preparado las conciencias para la realización de un concilio que busque el restablecimiento de la unidad cristiana y por último lo que IV. debemos esperar del próximo Concilio en la perspectiva de la historia de la Iglesia Universal.

I.— CONCILIO ECUMENICO

Concilio Ecuménico es la legítima asamblea de los Obispos de la Iglesia para juzgar y determinar acerca de la fe, las costumbres y la disciplina.

El Concilio es convocado por la suprema autoridad de la Iglesia, el Romano Pontífice, y es presidido por el mismo o por sus legados. Todos los Concilios, aunque tal vez convocados por la autoridad civil (por ejemplo el emperador romano), sólo son legítimos cuando los reúne y preside el Papa.

Al Romano Pontífice corresponde convocar, presidir, por sí o por otros, el Concilio Ecuménico, determinar y señalar los asuntos que en él han de tratarse y el orden a seguir, así como trasladar, suspender, disolver el Concilio y confirmar sus decretos (cn. 222 C. Der. Can.).

Si muriese el Romano Pontífice durante la celebración del Concilio, éste se interrumpe por disposición del mismo derecho hasta que el nuevo Pontífice mande reanudarlo y continuarlo (cn. 229).

Los decretos del Concilio no tiene fuerza definitiva de obligar, si no son confirmados por el Romano Pontífice y promulgados por mandato de él (cn. 227).

El Concilio Ecuménico goza de potestad suprema de toda la Iglesia (cn. 228 par. 1) y es de fe que es infalible porque representa a la Iglesia Docente, que es infalible. Desde el concilio apostólico de Jerusalén (Hechos XV. 6 g.) siempre la Iglesia creyó tener la facultad de imponer a los fieles la aceptación de los decretos conciliares, y consideró herejes a todos los que no querían recibirlos.

El Concilio Ecuménico tiene potestad suprema en cuanto está unido con el Papa como el cuerpo con la cabeza. Al tener que ser confirmadas necesariamente por el Romano Pontífice las resoluciones conciliares, siguese que el Concilio no es sujeto de potestad adecuadamente distinto del Sumo Pontífice. Por lo cual no puede apelarse del Papa al Concilio universal (cn. 228 par. 2) y si alguno lo hiciere es sospechoso de herejía y cae "ipso facto" en excomunión reservada de un modo especial a la Sede Apostólica, cualquiera que sea su estado, grado o condición, aunque ésta sea real, episcopal o cardenalicia; y las Universidades, Colegios, Cabildos y otras personas morales, cualquiera que sea el nombre con que se las designe, incurrén en entredicho reservado asimismo de un modo especial a la Sede Apostólica (cn. 2332).

Son convocados al Concilio y tienen en él derecho de voto deliberativo: 1°.—Los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, aunque no sean obispos; 2°.—Los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos residenciales, aunque todavía no estén consagrados; 3°.—Los Abades y Prelados nullius; 4°.—El Abad Primado, los Abades Superiores de Congregaciones monásticas y los Superiores generales de religiones clericales exentas.

Los Obispos titulares, si se les ha convocado al Concilio, tienen también voto deliberativo, a no ser que otra cosa se prevenga expresamente en la convocatoria.

Los teólogos y canonistas que acaso fueren invitados al Concilio, sólo tiene voto consultivo (cn. 223). Igualmente los laicos que pudiesen ser invitados.

Ninguno de los que deben asistir al Concilio puede retirarse antes que el Concilio esté debidamente clausurado, a no ser que hubiese obtenido licencia del presidente, después de conocida y comprobada la causa para ausentarse (cn. 225).

A las cuestiones propuestas por el Romano Pontífice pueden los Padres añadir otras, con tal que sean antes aprobadas por el Presidente del Concilio (cn. 226).

Los Concilios ecuménicos no son absolutamente necesarios, pues el Romano Pontífice puede por sí solo dar plenamente lo mismo que los Concilios y esencialmente no existe distinción entre la definición papal y la definición conciliar. Sin embargo los concilios son muy útiles por la erudición, ciencia, prudencia y experiencia que proporcionan los Obispos al Papa para investigar la verdad doctrinal o para hallar los medios más aptos para legislar en bien de la Iglesia. Luego la mayor solemnidad que rodea a la promulgación de un decreto conciliar, dado por todos los Obispos con el Papa, tiene mayor autoridad humana y externa para mover a los hombres y para convencer de la unidad de la Iglesia.

Para la reunión del Concilio no es necesario que concurren absolutamente todos los Obispos del orbe, lo que sería moralmente imposible, sino que asista el número conveniente y de diversos lugares para que, dadas las

circunstancias, se pueda decir moralmente que representan a la Iglesia universal.

Lo mismo para la definición conciliar no se requiere que todos los Obispos asistentes, consientan unánimemente. Los Obispos, individualmente son falibles, y realmente algunos no aceptaron las definiciones, así en Nicea 2 no firmaron; en Trento 50 rechazaron el decreto de invalidez de los matrimonios clandestinos; en el Vaticano 2 negaron su asentimiento a la definición de la infalibilidad pontificia, y otros 55 hubieran dado voto contrario, si asistiesen a la sesión. Sin embargo, en todos estos casos, dadas las definiciones como conciliares e infalibles, fueron aceptadas por todos.

Si hay disensión, la infalibilidad está con los Obispos que se adhieren al Sumo Pontífice, pues el cuerpo sin cabeza carece de infalibilidad; si el número de los unidos al Papa es muy pequeño, como que moralmente no representa a la Iglesia universal, al promulgarse una definición será pontificia y no conciliar. De hecho solo ha sido definido en un Concilio lo aprobado por la mayor parte de los Padres.

La confirmación pontificia puede ser dada personalmente por el Papa o por sus legados, debidamente autorizados, o por un decreto especial o sencillamente recibiendo y promulgando los decretos conciliares.

II.— HISTORIA

Los Concilios Euménicos realizados hasta ahora son veinte de los cuales ocho se reunieron en oriente. No se enumera entre ellos el Concilio Apostólico de Jerusalén descrito en el libro de los Hechos de los Apóstoles (cap. XV), que marca la pauta que seguirán los demás concilios universales. En éste se reunieron los Apóstoles que se hallaban presentes en Jerusalén: Santiago el menor (Hermano del Señor), Cefas (Pedro) y Juan con el grupo de presbíteros, que eran los colaboradores y consejeros de los dirigentes, junto con los delegados de los cristianos de Antioquia, Pablo y Bernabé, acompañados de algunos otros.

El objeto de la reunión era verificar si los cristianos judaizantes estaban en lo cierto al afirmar que los cristianos provenientes del paganismo debían circuncidarse conforme a la ley de Moisés para salvarse. Después de "una larga y viva discusión", Pedro recordó que la evangelización de los gentiles había comenzado desde hacía tiempo; después hizo notar que los paganos convertidos habían recibidos los carismas del Espíritu Santo lo mismo que los judíos conversos, aun cuando no observaban la ley de Moisés; finalmente definió esta Ley como un yugo intolerable que ningún judío había soportado en realidad integramente, y a ella contrapuso la gracia del Mesías Jesús, que sola podía traer la salvación a los paganos y a los judíos. Cuando Pedro terminó su discurso "calló toda la multitud, y escuchaban a Bernabé y a Pablo que referían cuantas señales y prodigios había Dios hecho entre los gentiles

por medio de ellos. Después que ellos hubieron callado, tomó la palabra Santiago diciendo: . . . por lo cual yo juzgo que no se perturbe innecesariamente a los que venidos de la gentilidad se convierten a Dios" (Hechos XV, 12-19). "Entonces resolvieron los Apóstoles y los Presbíteros, con toda la Iglesia, escoger a algunos de entre ellos para enviarlos a Antioquía. . . . escribiendo por conducto de ellos: . . . Porque pareció al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros otra carga alguna, a excepción de estas cosas indispensables: que os abstengáis de lo sacrificado a los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de la fornicación. De lo cual si os guardareis, obraréis bien, Salud" (id, 22-29).

El decreto del Concilio de Jerusalén contiene la fórmula esencial de las resoluciones conciliares futuras "pareció al Espíritu Santo y a nosotros".

El primer Concilio Ecuménico fue convocado por el emperador Constantino con el fin de obtener la unidad religiosa. Para ello dió todas las facilidades, con lo cual llegaron a reunirse más de 300 obispos. Según parece, lo presidió Osio, Obispo de Córdoba, con los legados pontificios y se reunió en Nicea el año 325. Constantino se halló también presente y dirigió la palabra a los Padres congregados; preocupado de la unidad imperial más que del mismo dogma, el emperador hubiera querido que las partes se entendieran sacrificando cada una algo de su intransigencia. En cambio la gran mayoría cuidadosa de la ortodoxia hizo admitir una expresión muy precisa acerca del Hijo: consubstancial al Padre, con lo que rompió la oposición arriana, pues al afirmar que el Hijo era de la misma substancia que el Padre, era por lo tanto igual a El, Dios como El, Dios como El. Todos los Padres suscribieron este decreto, a excepción de dos obispos que se negaron a admitirla, y por esto fueron desterrados junto con Arrio.

A pesar de la definición dogmática los arrianos no se sometieron y continuaron las querellas entre los defensores de la ortodoxia San Atanasio de Alejandria, San Gregorio de Niza, San Hilario de Poitiers y San Ambrosio de Milán contra los herejes, sostenidos éstos por el emperador Constancio. Por eso el emperador Teodosio I. en inteligencia con el Papa San Dámaso convocó un Concilio en Constantinopla. Reunidos los Obispos en 381 se declararon solidarios con los Padres de Nicea y proclamaron el símbolo de fe que se recita en la Misa. Mas durante esas luchas todo un episcopado político se acostumbró a tomar por guía religioso al emperador y no al obispo de Roma: lo que ha sido señalado bajo los nombres de cesaro-papismo y bizantinismo. Bizancio por ser sede de la residencia imperial asumió una importancia religiosa exagerada y el canon III del concilio de Constantinopla decreta que "el obispo de Constantinopla tiene el primado de honor después del obispo de Roma porque Constantinopla es la nueva Roma". Esta afirmación además de excitar los celos del patriarca de Alejandria, inquietó al mismo papado. Sobre la Roma occidental, Bizancio pretendía no tener que una inferioridad de antigüedad, pues la primera gozaba de sus privilegios a

titulo puramente politico como antigua residencia del César, y no como la sede de San Pedro. Tal argumento era muy turbador para el porvenir: ¿la situación religiosa de las dos ciudades estará sujeta a las variaciones de su fortuna política? De hecho, después del año 381, Bizancio no cesa de crecer: el patriarca se pondrá al nivel del Papa, y sobre ellos el emperador. Sin duda ni los Padres ni el emperador Teodosio esperaban semejantes consecuencias, pero el cisma griego del siglo IX estaba en germen.

En el Concilio de Efeso del año 431 se proclamó la maternidad divina de María, lo que provocó un júbilo indescriptible en el pueblo que acompañó a los Padres en imponente cortejo a la salida de la reunión.

En las sesiones del Concilio de Calcedonia (451) se leyeron y proclamaron los escritos del Papa San León Magno, sobre todo la "Epístola dogmática", que fueron acogidos por los Padres con las célebres palabras: "Pedro ha hablado por boca de León".

En el año 787 se abrió en la iglesia de Santa Sofía de Nicea el VII Concilio ecuménico que, después de presentados los documentos pontificios y las pruebas patrísticas, proclamó la licitud del culto de las imágenes, a las que se debe "una adoración de honor, pero no la adoración de latria, que sólo es debida a Dios".

El primer concilio universal celebrado en occidente se reunió en Letrán, en marzo de 1123 para celebrar el fin de la querrela de las investiduras.

En el XIV concilio ecuménico celebrado en Lyon en 1274 tuvo lugar la proclamación de la unión de la Iglesia oriental. Para ello, después de leer George Akropolites en nombre del emperador Miguel Paleólogo el símbolo de fe y abjurar del cisma, prometió observar fielmente la fe verdadera de la Iglesia Romana; sin llegarse a resultados prácticos.

El concilio de Florencia (XVII ecuménico) tuvo como principal objeto la unión con los griegos. Las negociaciones fueron muy difíciles; pero el temor de los griegos a la amenaza de los turcos los contuvo hasta llegar a una solución. El decreto de unión "laetentur caeli", fue publicado el 6 de julio de 1439. A éste siguieron otros sobre la unión de los armenos y jacobitas. Los últimos tuvieron parcialmente suceso no así el primero.

Como reacción a las calamidades que afligian a la Iglesia en el siglo XVI, el Papa Paulo III de acuerdo con el emperador Carlos V reunió en 1545 el Concilio de Trento, que tuvo tres etapas. El emperador quería que se tratara de la reforma, el Papa en cambio anteponía los asuntos dogmáticos, hasta que se convino en alternar las dos series de asuntos. En la primera etapa (1545-47) frente a los protestantes determinóse el canon de la Sagrada Escritura, se promulgó el decreto sobre la justificación afirmando la necesidad de la gracia junto con nuestra voluntaria cooperación, y se reafirmó la doctrina católica sobre los sacramentos.

Reanudado el Concilio en 1551 por obra del Pontífice Julio III se decretó que "en el sacramento de la eucaristía está contenido verdadera, real, y sus-

tancialmente el cuerpo y la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor". Clara y neta exposición eucarística que contrasta singularmente con las "variaciones" de las Iglesias protestantes que nunca han podido ponerse de acuerdo sobre este punto capital.

Pío IV, impulsado por su sobrino San Carlos Borromeo, convocó y concluyó la tercera etapa del concilio (1562-63) en la que se publicaron los puntos fundamentales sobre el Santo Sacrificio de la Misa. Los principales decretos disciplinares promulgados en Trento se refieren a la obligación de los obispos de residir, de visitar las parroquias y de convocar sínodos diocesanos y concilios provinciales.

El último y vigésimo concilio ecuménico se reunió en el Vaticano, tres siglos más tarde, en 1869 y publicó los decretos "de fide catholica" y "de Ecclesia Christi"; en esta última se expone la institución y ejercicio perpetuo del Primado pontificio, se proclama su infalibilidad en las cosas de fe y la universalidad de su episcopado en toda la Iglesia. Es notable en este concilio que ni fueron invitados ni asistieron representantes de la autoridad civil; en cambio fueron invitados los cristianos ortodoxos y los protestantes, pero no concurrieron. También debe notarse que fue el primer concilio ecuménico que contó con la presencia de obispos americanos: del Perú estuvieron Huerta de Puno, del Valle de Huánuco y Moreyra de Ayacucho.

III.— AMBIENTE PROPICIO PARA UN CONCILIO

Noventa años después del último Concilio el Santo Padre Juan XXIII convoca a un nuevo Concilio, posiblemente el II que se reúna en el Vaticano, en medio del alborozo de todos los fieles cristianos. Debemos analizar rápidamente los motivos que han producido en los católicos el vivo anhelo de encontrar la unidad de todos los creyentes en Cristo, Hijo de Dios, dentro del marco solemne de un Concilio Universal.

En primer lugar el pensador católico alemán, Romano Guardini, no exageraba, cuando en 1922 con previsión escribió: "Un acontecimiento religioso de imprevisible alcance ha comenzado: la Iglesia despierta en las almas..." La ingente realidad de la 'Iglesia' revive y entendemos que realmente ella es única y es todo. Sentimos algo de la pasión con que grandes santos la abrazaban y luchaban por ella. Sus palabras ¿no nos parecían antes con frecuencia casi como meras frases? Pero ahora ¡oh cómo luce!. El pensador ve en la Iglesia con espíritu embelesado la última y poderosa concepción de todas las esencias. El artista siente en ella con fuerza emocionante la prodigiosa elaboración, transformación e iluminación de todo lo real por virtud de una fuerza sublime de claridad y hermosura. El hombre que aspira al progreso moral ve en ella la plenitud de la perfección viviente, en la que todas las potencias despiertan y se santifican en Cristo, la fuerza que opone firmemente el sí y el no y exige decisión, lucha resuelta por el reino de Dios

contra el mal. Al hombre que trata de política — no pensemos en el significado odioso que en otras ocasiones se da a esta palabra: tiene también un sentido limpio— se le presenta como aquel supremo orden de cosas, en el que cada viviente camina hacia su plenitud y en el sentido total de su ser peculiar". Este amor a la Iglesia, que con razón podemos llamar "devoción a la Iglesia", se desarrolló primero en el pensamiento sacramental y oración litúrgica, maduró y se hizo más profundo cuando se habla del misterio de la Iglesia, como lo hicieron el Papa Pío XII en su encíclica sobre el Cuerpo Místico de Cristo, el cardenal Suhard en su pastoral sobre "crecer o declinar de la Iglesia" y el teólogo Karl Adam en su obra "La esencia del catolicismo", en que llenos del espíritu de San Pablo y de los Padres de la Iglesia nos dan la seguridad de escuchar una respuesta viviente.

Asimismo ha influido notablemente la corriente de hacer palpable el "catolicismo", esto es la universalidad de la Iglesia, a todos los pueblos con las palabras de Benedicto en XV de su encíclica "Maximum illud" de 1919: "La Iglesia de Dios es católica; en ninguna parte, en ningún pueblo y en ninguna nación, ella se presenta como extranjera; y conviene que todos los pueblos puedan proporcionar ministros sagrados para hacer conocer a sus compatriotas la ley divina y guiarlos en el camino de la salvación". Hitos de esta vía son los nombramientos de obispos hindúes, chinos y japoneses hechos por un Papa de amplio espíritu y enérgica voluntad, Pío XI: la designación de un cardenal sirio elevado a la púrpura por el mismo Pontífice que tuvo un glorioso precedente en la creación de un armenio al cardenalato por León XIII, que en esto, como en tantos otros puntos, fue un precursor de aguda y certera visión; la elección de los primeros obispos africanos, la internacionalización del Sagrado Colegio Cardenalicio y la presencia constante de Pío XII en los problemas que atañen a todo el mundo. El reconocimiento externo de la comprensión mundial frente a la universalidad de la Iglesia se hizo manifiesto en los solemnes funerales de Pío XII y en la coronación de Juan XXIII, actos que contaron con la presencia de embajadas de todo el mundo.

Han favorecido notablemente el anhelo por la unidad de la Iglesia los movimientos de renovación bíblica, patristica y litúrgica, alentados por las decisiones pontificias. El acercamiento de los fieles a la Sagrada Escritura por la difusión del comentario del Evangelio y el conocimiento de las obras de los Padres de la Iglesia por las numerosas ediciones en lengua vulgar, fue preparado por la intensificación de los estudios bíblicos que culminó con la publicación de la encíclica "Divino affalnte Spiritu" en 1942, y por el aumento de los estudios patristicos iniciados en el siglo pasado por Newman. El deseo de retornar a las fuentes fue consagrado en 1944 al ordenar el Papa Pío XII una nueva traducción latina del Salterio que reemplazó a la que ya en el siglo IV San Jerónimo conocía como de "antiguo uso en la Iglesia romana".

Esta viva intención de acercarse más íntimamente a la tradición eclesiástica suscitó el notable movimiento litúrgico del presente siglo guiado por Romano Guardini, que hizo hincapié en el valor social de la liturgia, y por don Pio Parsch, que desarrolló un vasto programa hacia la comprensión de la liturgia por el pueblo y la participación de los fieles en la oración oficial de la Iglesia. También en este campo la confirmación y la precisión del movimiento fue dada por Pio XII en su encíclica "Mediator Dei" en 1948 y en la concesión del uso de Rituales para la administración de los sacramentos en lengua vulgar.

En todo el mundo los movimientos de **Acción Católica** han despertado en los fieles la conciencia de su integración en la Iglesia como miembros vivos del Cuerpo Místico de Cristo. "Los fieles, y más precisamente los laicos, se encuentran en las primeras filas de la vida de la Iglesia; por ellos, la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana. Ellos por consiguiente, ellos sobre todo, deben tener una conciencia siempre más neta, no solo de pertenecer a la Iglesia sino de ser de la Iglesia, es decir la comunidad de fieles sobre la tierra, bajo la dirección del jefe común, el Papa, y de los obispos en comunión con él. Ellos son la Iglesia" (Pío XII, discurso al Sacro Colegio en febrero 1946).

La compenetración de los católicos en la Iglesia han producido una viva inquietud por los "hermanos separados", la que se ha fortalecido por los efectos causados a consecuencia de las dos guerras mundiales. Primero el contacto con los miles de refugiados rusos, que llevaron sus creencias y sus iconos a Occidente, y que han levantado la parroquia ortodoxa de la Santísima Trinidad a pocos metros del Seminario de Santo Toribio; luego los desplazamientos de millones de personas que inundaron de católicos las zonas protestantes de Alemania y produjeron el generoso gesto de la cesión del uso de los templos protestantes para la celebración del Santo Sacrificio de la Misa, y reciprocamente las reuniones culturales protestantes en las iglesias católicas. El sufrimiento común de todos los cristianos por el predominio de ideologías contrarias como el nazismo y el comunismo ha avivado también la unión de los creyentes en Cristo, el Señor.

Esta convivencia de los cristianos realizada de hecho por factores externos se unió también al llamado **movimiento ecuménico**. Surgido entre los anglicanos, San Pio X recomendó ampliamente el "Octavario por la Unidad de la Iglesia" que se realiza entre el 18 y el 25 de enero. En el último documento oficial sobre la materia no se pudo impedir de reconocer la acción del Espíritu Santo en el movimiento hacia la unidad, que trabaja en la hora actual a la comunidad cristiana no romana (Instrucción del Santo Oficio "De motione oecumenica" de 29 de diciembre 1949).

Para favorecer la unión con los orientales León XIII dió algunos pasos como la introducción de la fiesta de los Santos Cirilo y Metodio, apóstoles de los eslavos en el calendario de la Iglesia Universal y la recomendación

que para la unión con Roma no era necesaria la latinización de los orientales, quienes debían conservar sus propios ritos. Posteriormente Benedicto XI establece una Sagrada Congregación dedicada expresamente a la Iglesia Oriental y se comienzan los estudios para la codificación de sus cánones. Pío XII con el propósito de hacer desaparecer los obstáculos para la unión determina que en la Iglesia latina la materia de las órdenes sagradas (diacónado, presbiterado y episcopado) consiste en la imposición de las manos de acuerdo con la tradición apostólica y al uso oriental; y más tarde permite al restaurar la Vigilia Pascual y luego por la Instrucción de la S. C. de Ritos de setiembre de 1958, que el celebrante y los fieles recen al unisono el Padrenuestro en la Misa como es costumbre entre los griegos, según reconocía San Gregorio Magno en el siglo VI, en contra de la "antigua tradición romana "a la aludía el mismo Pontífice".

¿Cómo debe entenderse este anhelo de unión de los cristianos? Lo describe con certera precisión el Padre Boyer S. J., antiguo Prefecto de estudios de la Universidad Gregoriana, en el bello texto que se transcribe a continuación:

"¿Puede uno pertenecer a la Iglesia de Cristo y pensar que la vuelta de los disidentes a ella, no sólo le traerá un crecimiento numérico, sino además, un enriquecimiento espiritual en la inteligencia del dogma y el ejercicio de las virtudes?

Si se contesta afirmativamente, se conoce más a los hermanos del lado contrario; se extiende hacia ellos un puente por el cual se puede pasar en los dos sentidos. La reunión en este caso no es la aceptación unilateral de la verdad católica, es un intercambio de riquezas, una comunicación recíproca hacia la realización, por una y otra parte, de una misma plenitud. Por ejemplo, el luterano traería al católico un sentido más profundo de la gratuidad de la gracia; el calvinista le inculcaría un estudio más profundo de la Biblia; el anglicano, una mayor austeridad en el servicio divino; el de religión eslava, un sentimiento más real de la vida mística. El problema es delicado, porque se corre el riesgo de atribuir a la Iglesia, una falta que es sólo de alguno de los miembros que la componen. No quiero admitir que sobre cualquier punto del dogma, los luteranos y anglicanos tengan una doctrina más perfecta que la de nuestra Iglesia Católica, con la cual permanece su Esposo hasta la consumación de los siglos. Pero es cierto que se encuentran católicos menos penetrados de lo que debieran, de la santidad de la Biblia, de la condición gratuita de la gracia o de las bellezas místicas de la Iglesia. Podrían, sin duda, encontrar en la Iglesia Católica, modelos admirables de todos los puntos en que ellos están en carencia; pero pueden también encontrar fuera de la Iglesia, una lección útil que no les da el ambiente que los rodea.

Digamos, pues, que la vuelta de nuestros hermanos separados atraería sin duda, nuestra atención sobre tesoros espirituales de la Iglesia que nos-

otros no utilizamos bastante, mientras que ellos estarán felices de encontrar en su integridad, sin disminución debilitante como sin agregados corruptores. Esto es suficiente para que la unión no aparezca como un desgarramiento, sino como una consolidación de lo que ellos más quieren, según la experiencia de Newman, que a la edad de 86 años decía: "Aquellas grandes y quemantes verdades del Evangelio, aprendidas cuando era niño han sido grabadas en mi corazón con una fuerza nueva y creciente por la Iglesia Católica. Esta Iglesia ha agregado al simple 'evangelicismo' de mis primeros maestros, pero no ha oscurecido, diluido o debilitado nada. Por el contrario, ha encontrado una fuerza, un recurso y un consuelo en la Divinidad de Nuestro Señor, y una reconciliación en su presencia real en la Comunión, en su poder divino y humano, todo esto que poseen verdaderamente los buenos católicos, pero que los cristianos evangélicos no tienen más que débilmente" (Carta a H. J. Edwards del 24 feb. 1887).

IV.— PERSPECTIVAS DEL PROXIMO CONCILIO

Este es el deseo de los cristianos ¿qué perspectivas nos ofrece el próximo Concilio para que llegue a ser realidad?

Para la manifestación exterior de la unidad de la Iglesia es de notable trascendencia la reunión de los obispos de todo el orbe por las facilidades de comunicación de los tiempos modernos. Es interesante anotar que en el último siglo la Santa Sede ha consultado a todo el Episcopado los asuntos de mayor trascendencia como la definición dogmática de la Inmaculada Concepción por Pío IX y de la Asunción por Pío XII, la codificación del derecho canónico por Benedicto XV, y los trabajos preparatorios del Concilio por Juan XXIII. Mas todas estas consultas se hicieron con la debida reserva y secreto, en cambio en el próximo Concilio Vaticano aparecerá ante la faz del mundo la estrecha unión del Pontificado Romano y de los Obispos de la Iglesia Católica.

No debe olvidarse que la Iglesia está edificada sobre los hombres y que como en toda sociedad humana, en el próximo Concilio como en los anteriores habrá discrepancias, motivos de oposición y tal vez partidos, porque en la apreciación de los asuntos por tratar no puede olvidarse la propia formación, las diferentes tendencias, etc.

Aprobadas las decisiones por los Padres del Concilio debe esperarse algunos años para que penetren en el alma y en la vida de los cristianos; tal vez pasarán una o dos generaciones para que todos los fieles cristianos se compenetren de los acuerdos conciliares. En el grueso público es corriente representarse a la Iglesia Católica como un vasto mecanismo en el que es suficiente que el Papa apriete un botón o mueva una manizuela para que todo se ponga en movimiento como un automatismo riguroso. Mas la obe-

diencia en la Iglesia es asunto de virtud, proporcionada a la santidad, y ésta nunca ha estado muy extendida.

Este explica porque los frutos del Concilio no se verán inmediatamente. Además una ley vale tanto en cuanto se aplica, de ahí que los ejecutores del Concilio tengan casi tanta importancia con los Padres y teólogos. La historia post-tridentina lo demuestra ampliamente. El Papa Paulo IV no dió decretos ni reunió al Concilio, pero su obra de reforma en la ciudad de Roma fue de capital importancia para la disciplina eclesiástica, pues depuró el colegio cardenalicio, suprimió las reservas benéficas, redujo a los monjes giróvagos e impuso a los obispos la grave obligación de residir en sus diócesis y no en la curia romana. San Pio V reiteró esas disposiciones imponiendo la obligación de la visita pastoral, la prohibición al clero de asistir a banquetes y espectáculos públicos, la reforma del Misal, la publicación del catecismo romano para uso de los párrocos y el gran cuidado en la elección de obispos insospechables. Gregorio XIII tuvo la gran preocupación de la formación intelectual del clero en seminarios y universidades. En el episcopado se considera a San Carlos Borromeo en Milán y a Santo Toribio de Mogrovejo en Lima, quienes mejor aplicaron las reformas tridentinas mediante Concilio provinciales, Sinodos diocesanos, visitas pastorales y preparación adecuada de los candidatos al sacerdocio. La labor apostólica de San Felipe de Neri en Roma y, en el siglo siguiente, de San Vicente de Paul en Francia correspondieron al mejor espíritu tridentino. A San Vicente Francia le debe la organización de los seminarios, la reforma del pueblo por las misiones, la canalización de la caridad a través de sus múltiples obras, y la selección de obispos en el Consejo de Regencia.

Mientras esperamos la celebración del Concilio, a todos los cristianos que aguardan el cumplimiento de las palabras de su Maestro en la última cena "para que sean uno como nosotros somos uno...; para que conozca el mundo que Tú me enviaste y les amaste a ellos como me amaste a Mi" (Jn. 17, 22-23), nos corresponde cumplir la indicación señalada por el Santo Padre, en su alocución de 7 de Julio de 1959: "nos agrada pensar que merced a nuestras oraciones y sacrificios, la Providencia está a punto de elaborar uno de los más grandes misterio de la historia, que será el misterio de la misericordia del Señor para todos los pueblos".

EL CARDENAL CUSHING, ARZOBISPO DE BOSTON

Por Irene Silva de Santolalla

Esta gran figura de la Iglesia Católica, conocida en el mundo por su espíritu abierto a la necesidad de la Iglesia Mundial, llegará hoy al Perú como Legado Papal al Sexto Congreso Eucarístico Nacional que se celebrará en Piura del 24 al 28 del presente mes.

El Cardenal Richard Cushing es natural de Boston, lugar donde tiene actualmente su jurisdicción eclesiástica. Sus padres fueron emigrantes de Irlanda y durante su juventud tuvo que trabajar para poder costear sus estudios escolásticos. Estudió en el Seminario de San Juan de Boston y desde su ordenación mostró un interés especial en la vida de las misiones, para luego, durante su ejercicio sacerdotal, volcar todas sus energías espirituales y materiales a fin de que no solamente sea su diócesis la que goce del privilegio de su atención, sino también otras que pudieran necesitarlo.

Fue, justamente, el prestigio de esta característica tan notable de su personalidad la que inspiró a quien éstas líneas escribe a pedirle una audiencia en Boston, la misma que paternalmente concedió, por más de una hora, durante la cual pudimos apreciar que su prestigio correspondía elocuentemente al vuelo de su espíritu para captar los grandes problemas de la humanidad de nuestros días y, también, al fuego de su corazón apostólico para comprender la importancia de la unión de los hombres de fe en el mundo entero para luchar contra el ateísmo y contra el espíritu del mal.

Y es que el Cardenal Cushing siente como pocos la necesidad de la era actual por un nuevo tipo de apostolado dinámico, diríase mejor, —para estar de acuerdo con la terminología en boga— “apostolado atómico” capaz de tener una imagen cabal de las nuevas formas de vida familiar, religiosa y cívica de un futuro completamente distinto y desconocido para nosotros. Su Eminencia sabe que un alma apostólica tiene que romper muchos lazos con servilismos de toda índole y tener en cuenta no solamente las necesidades espirituales, sino también las materiales de nuestro tiempo y que preocuparse de la grey mundial, sin frontera alguna, es tan importante como los desvelos para la buena marcha de la grey nacional.

Todo buen cristiano comprende que el oficio sacerdotal es para servirlo a conciencia, con humildad y dignidad, porque el sacerdote es dador de santidad y conservador de “levadura vieja” para los nuevos depósitos que debe usar toda la diligencia que necesita cada nuevo corazón hasta convertirlo en una nueva cuna para el espíritu de Dios. Por eso, el Cardenal Cushing es diestro en cautivar voluntades y en producir la impresión de que no acepta el conformismo ante la lucha, ni la coexistencia con el mal. En su cerebro no tienen cabidas ideas como regionalismo, exclusivismos, y otros términos que impiden la unión de todos los hombres del mundo bajo el signo de la Cruz, con la fe en Dios y en su justicia sin privilegios.

Todo ello explica, quizá, que la diócesis de Boston, una de las más grandes de los Estados Unidos, sea considerada como la diócesis del dinamismo y de la eficacia en pos de una Iglesia Mundial, y, por la misma causa, el hecho de que sea el Perú uno de los países que está recibiendo la benéfica influencia de tan extraordinario modo de ver en lo que concierne al sacerdocio católico.

Digno de mencionarse es el hecho de que es la diócesis de Boston la que más ha contribuido en proporcionar sacerdotes a las otras diócesis de los Estados Unidos y de otros países. Hay más de 700 sacerdotes, oriundos de Boston en las diferentes misiones. Este hábil pastor de almas parece que ha visto con más claridad que es el egoísmo la más funesta característica de la naturaleza humana y que prospera más el menos egoísta y es más feliz quien da que quien recibe.

También distingue a Su Eminencia su amor por todos los niños y de preferencia por los retardados mentales a quienes llama "excepcionales". Cada año visita el Santuario de Lourdes con un grupo de sus "excepcionales". Pronto llegará de Boston un joven peruano, quien fue llamado por el Cardenal, a pedido del Padre José Arsenault, para adaptarle una pierna artificial. El joven perdió la pierna atropellado por un automóvil al cumplir un encargo del referido padre, pues era empleado en la Parroquia de Guadalupe, en la Victoria, Lima.

Destácase en su apostolado el que no critica ni desdeña lo moderno. Sabe usarlo. Cree en el apostolado de la prensa, la radio y la televisión. Debido a su amplia perspectiva de lo que significan estos nuevos elementos para el espíritu moderno, Boston tuvo la primera estación televisora de los EE. UU. Con el auxilio de este medio la misa fue llevada a los enfermos de los hospitales, de los hogares y también a las cárceles. La Iglesia Católica en Boston tiene una estación especial de Televisión y sacerdotes que se ocupan de ello. Además, 22 emisoras radiales transmiten programas religiosos a los católicos.

En dicha diócesis, el Cardenal Cushing, tiene a su cargo millón y medio de católicos; 2623 sacerdotes; 272 hermanos; 5370 religiosos y 364.093 estudiantes que reciben instrucción católica, repartidos en 390 parroquias y 6 universidades.

Ha construido grandes edificios para servicios sociales, modernos institutos de educación; 13 hospitales y hogares para obreros de modesta situación. Es fervoroso defensor de la democracia. Combate los abusos de los capitalistas y se enfrenta valientemente a los desmanes de los extremistas de izquierda. Promover el bienestar de todos es el ansia de su corazón de apóstol y lo realiza con la energía de sus años mozos.

Ha fundado la Sociedad Misionera de Santiago Apóstol, cuya finalidad es ayudar a los Obispos de la América Latina en los lugares donde no hay suficientes sacerdotes. Esta sociedad se inauguró en 1958 y en marzo de 1959 envió sus primeros misioneros al Perú y Bolivia. Nueve de ellos se encuentran trabajando en Abancay, tres en la nueva Parroquia de la Victoria, en Lima, y otros tres en Santa Cruz, Bolivia.

El Cardenal Cushing ha proyectado intensificar su ayuda a Sud América enviando más sacerdotes y religiosas, lo mismo que construyendo casas parroquiales, escuelas, conventos y clínicas. Las primeras religiosas que han

arribado al Perú de la Sociedad de Santiago Apóstol son las Madres Maristas, que están enseñando en el Colegio de San Isidro, mientras otras van preparándose para abrir escuelas y clínicas en nuestras serranías. En Lima tenemos la Parroquia de San Ricardo. La casa principal se halla en Miraflores. El Superior General de la Sociedad es Monseñor Edward F. Sweeney, quien ha estado varias veces en el Perú preparando el ambiente para la fundación de las parroquias de Curahuasi, Huancarama y Andahuaylas, donde están trabajando los sacerdotes misioneros en referencia. El Superior en Sudamérica es el Rdo. Padre Rudolph Masciarelli, anteriormente secretario del Cardenal Cushing en Boston, y a quien debo algunos datos estadísticos para esta publicación. Por su experiencia y capacidad organizadora se le confió la fundación de las parroquias de Perú y de Bolivia.

Bienvenida sea Su Eminencia al Perú. Los peruanos lo esperamos no solamente con el filial respeto de católicos, sino también con la gratitud que nos ha inspirado su preocupación por dotar de sacerdotes a aquellos apartados lugares de nuestra patria, donde no hay quienes levanten los corazones para dirigirlos a Dios.

Que el paso de Su Eminencia sea muy feliz y fructífero en esta tierra de Toribio de Mogrovejo, Rosa de Lima, Fr. Juan Masias, Martín de Porres y de todos los que creemos en la necesidad de una religión bien cimentada para formar mejores hombres y mejores sociedades.

(De "El Comercio" de Lima)

LLEVAN LA VOCACION CONTEMPLATIVA, AL CORAZON MISMO DE LAS MASAS...

Por Elsa Arana Freire

En el populoso barrio de La Victoria, el cerro de San Cosme se yergue con el emporio de casas incrustadas a todo lo ancho y alto de la superficie. Por el camino que conduce a la cumbre transitan niños y pobladores de condición humilde. En una sastrería modesta trabajan laboriosamente dos hombres y una mujer; más arriba, un almacén expende pan y comestibles. En lo alto, la nueva escuela reabre sus puertas a los escolares. Por la noche, la biblioteca es visitada por nocturnos lectores. Algunas casas poseen radios que funcionan a todo vapor y sobre uno que otro techo se vislumbra la antena de un aparato televisor. El cerro San Cosme tiene su vida propia, los vecinos se conocen, los niños juegan interminablemente, salpicados de barro en este lugar donde el agua debe acarreararse hasta la cumbre, en viejos tachos que llevan a pulso los habitantes del cerro.

Figuras familiares en esta barriada limeña son las Hermanitas de Jesús, llamadas también Hermanitas del Padre Foucauld. Vestidas con largos trajes de tocuyo azul, un cinturón de cuero que sujeta un rosario, tienen en el pecho

una pequeña cruz y los cabellos ocultos bajo un pañuelo anudado, también azul, que luce un corazón bardado en rojo.

La casa que habitan podría pasar desapercibida entre las demás, puesto que nada tiene de excepcional ni de misteriosa. Sólo en la puerta una cruz pintada. Detrás de ella, el silencio y la oración.

Las Hermanitas de Jesús están instaladas en San Cosme desde 1952, año en que llegaron al Perú. No son numerosas. Actualmente, cinco de ellas ocupan las pequeñas y blanquedas piezas que conforman la casa que habitan en el cerro. La más grande está destinada a la capilla, humilde y hermosa.

Con los Humildes

Las Hermanitas de Jesús participan en la vida de los humildes en la misma calidad que éstos. Su misión no consiste en hacer caridades ni en catequizar a los descreídos o ignorantes. No hacen proselitismo ni divulgan los Evangelios a los cuatro vientos. Al menos, no con la palabra. Pero sí con el ejemplo. La pequeña Fraternidad del Cerro, es una fraternidad de trabajo, a diferencia de la que existe en Arequipa, donde también están las Hermanitas, y que constituyen la llamada Fraternidad de Adoración.

Cuando llegaron a San Cosme, los vecinos tal vez pensaron que estas jóvenes mujeres, con aspecto de misioneras habrían de mezclarse en sus asuntos espirituales, obligarlos a oír misa o bien tratar de convertir a los escépticos. Sin embargo, nada de esto sucedió. Poco a poco advirtieron que las Hermanitas trabajaban en fábricas, como obreras entre las demás obreras. Vivían como pobres, entre los más pobres. Y se preguntaron: ¿Por qué han venido desde tan lejos a instalarse en el Perú? ¿Qué pretenden enseñarnos?

La terrible curiosidad humana se siente satisfecha generalmente con testimonios externos. Las Hermanitas de Jesús no predicaban, no acudían a las cerros del cerro trayendo consuelo ni alimento ni ropa. Estaban allí, simplemente. Y desde el primer día, aumentaron el número de pobladores de San Cosme sin, aparentemente, haber modificado nada. Poco a poco, sin embargo, a la puerta silenciosa de la Fraternidad llamaba algún niño golpeado o herido, sacudido por el llanto. O alguna mujer necesitada, o algún hombre desesperado: "Usted que está tan cerca de Dios, dígaselo..." La barrera de la hostilidad, desde aquel momento, se había quebrado.

Hace veinte años, en setiembre de 1939, dos jóvenes mujeres se dirigieron al Sahara para buscar los rastros del Padre Charles de Foucauld, muerto en 1916, cuya vida fue un desgarrado testimonio de amor a Jesús En Touggourt, oasis cercano al desierto silencioso e inmenso, encontraron el camino de la perfección y la clave de la Fraternidad: vida humilde, de comunidad fraterna, centrada sobre la presencia de Jesús.

De allí surgió para las Hermanitas de Jesús, una forma original de vida religiosa, que se caracteriza por una doble exigencia: presencia ante Dios y ante los hombres. A veces se ha tratado de clasificarlas dentro de categorías preexistentes y se ha dicho de ellas que son únicamente contemplativas porque pasan largas horas en adoración. O que son misioneras porque se instalan en remotos lugares, generalmente descristianizados, como Africa y el Lejano Oriente. O bien que son obreras porque trabajan en fábricas y tienen, algunas, condición de asalariadas. Este encasillamiento puede constituir cuando menos aproximación a uno de los aspectos de su vocación, pero también puede conducir al error, puesto que si de un lado están la contemplación, la soledad con Dios, del otro aparecen la actividad, el trabajo entre la multitud.

La presencia de las Hermanitas de Jesús en San Cosme se explica por esa doble vía. Están mezcladas con los pobres como podría estarlo "la levadura con la masa", tal como lo dijera Sor Magdalena de Jesús, fundadora de la Fraternidad. Y al mismo tiempo, paralelo al trabajo cotidiano, a la participación en la vida obrera están el enriquecimiento de la vida interior, la adoración y la imitación de Jesús.

En el mundo entero, en los rincones más oscuros y olvidados del planeta, en los desiertos, entre los nativos y junto con los más pobres, hay una Fraternidad de Hermanitas de Jesús.

Actualmente hay 208 Fraternidades en 64 puntos del globo y 46 nacionalidades diferentes. En Brasil, en Africa Central, a la orilla del Ganges, entre los musulmanes, se desparrama, enriqueciéndose con nuevas vocaciones la obra de remoto fundador el Hermano Charles de Foucauld.

El vizconde Charles de Foucauld pertenecía a una aristocrática familia de Estrasburgo, y a los 18 años de edad, en 1876, ingresó a la Escuela de Saint Cyr, donde habría de ser brillante oficial de caballería. Era entonces ligeramente libertino, buen vividor, mimado por la fortuna y tenía carácter de audaz aventurero. Destinado al 4to. Regimiento de Húsares en Pont-a-Mousson, su indisciplina le valió una expulsión y una admisión posterior. Enviado al sur de Orán, el joven oficial fue mordido por el desierto y encandilado por la ardiente luz del Sahara. Una lenta pero efectiva transformación espiritual se efectuó en el oficial de caballería y el proceso de purificación no tuvo límites en esa alma conturbada que buscaba seguir, desesperadamente, el ejemplo de Jesús sobre la tierra.

Viajes a Nazareth, a través del desierto, vida ascética y dolorosa, nomadismo incansable y, al mismo tiempo, clausura y privaciones, son jalones de su vida cada día más sacrificada. A lo largo de ella, soñó con fundar una Fraternidad. Pero la regla era demasiado severa, y en Beni-Abbes, lugar que eligió para el claustro, no hubo quien lo secundara en su vocación. Silencio perpetuo, adoración nocturna, privaciones increíbles fueron demasiadas exigencias para la débil naturaleza humana. El Padre Charles de Foucauld murió

asesinado, en 1916, en Tamanrasset, sin dejar otra cosa que un hermoso ejemplo de santidad. En 1933, el Padre Voillaume, en el sur de Orán, retomó su rastro y fundó la primera fraternidad de Hermanitos de Jesús en El Abiodh-Sidi-Cheikh, a las que siguió la Fraternidad de Hermanitas, en 1939, organizada por Sor Magdalena.

Donde se instale, en cualquier punto de la tierra, la Fraternidad de las Hermanitas cuenta con cuatro o cinco miembros.

En el cerro San Cosme están las Hermanitas Elisabeth Josephpe, María Celia, Carmen Flora, Carmen Angélica y Anne Armelle. Todas ellas agregan a sus nombres el de Jesús.

Viven pobremente, pero con alegría. Para el profano resulta casi increíble una entrega semejante, que participa de la vida humana en cuanto ella posee de humildad y de pobreza.

Las Hermanitas del cerro trabajan como obreras y han venido al Perú a compartir esa vida, no ya en el ondulado desierto, sino en el populoso barrio de La Victoria. Es que a veces los desiertos son simbólicos y las Hermanitas de Jesús, con su oración a cuestras y su ejemplo permanente, buscan aquellos lugares para instalar una vocación de amor sin reservas.

En carpas, en chozas, en casas precarias que jamás tienen en propiedad guardando ganado y sufriendo todas las inclemencias y miserias que recaen sobre gran parte de la humanidad, la obra de las Hermanitas de Jesús ha tomado para sí una cuota de la pobreza en el mundo.

Alegres, sonrientes, ajenas a todo elogio, son como abejas laboriosas. En San Cosme, en la blanqueada casa que las cobija, donde pareciera habitar Jesús de Nazareth, tal es la sencillez y pobreza que se advierten, quien las visita siente la presencia incontenible de una hospitalidad generosa y de la caridad auténtica, suprema regla de la Fraternidad.